

La despedida de un formador.

Nadie puede crecer si el entorno en que nace lo rodea tierra ácida, sin nutrientes y sin sol. Nadie puede atreverse a enfrentar desafíos si no tiene una guía que le indique los caminos por los cuales avanzar. Nadie puede tener éxito en la vida si no tiene un buen compañero o mentor. Por ello tenemos tanta mediocridad en nuestra nación, donde la delincuencia y las malas prácticas han superado todos los límites. Los medios de comunicación nos muestran a muchos efímeros talentos exitosos (tenis, fútbol, académicos, astronautas, etc.), encumbrados en la cima del mundo, idolatrados. Nadie sabe del sacrificio realizado para llegar allí, pues pocos hablan de ello y no es material que venda. Es historia personal, llena de sudor y amarguras y parece que nadie la quiere recordar, cuando ello es básico para reproducir.

Lo malo es que si no se le dan ejemplos vivos, si no se escarba la tierra en que está posado, si no se le remece el suelo, si no se le otorgan conocimientos y no se le da el calor del sol para generar la debida autoestima, de nada servirá. El límite entre la excelencia y la mediocridad es tan sutil que permite a unos destacarse respecto de los otros y todo tiene que ver con esos tres elementos: tierra, nutrientes y sol. Así es como crecen los árboles y se proyectan al cielo, mientras bajo la oscuridad de sus ramas quedan muchísimos otros como brotes: es como se proyecta el crecimiento educacional y de formación de una nación.

Que la educación en Chile está pasando por un grave momento nadie lo discute y eso se debe a una debacle de los nuevos currículos y la eliminación de asignaturas y especialmente las que contribuyen a formar la razón. Por ello es digno de destacar a un gran segmento de profesores, la gran mayoría jubilados que, con su impronta normalista y con el profundo sentido de amor a la Patria, querían un Chile mejor, más preparado y más culto y no dudaron en entregar todos sus conocimientos para que ello ocurriera. De a poco los vamos despidiendo: Hace unos días fue el caso de Ismael Amaro, a quien le deseamos un grato descanso tal como se lo ganó en su paso por esta vida y donde Julieta y sus hijos (propios y de aula) no pueden dejar de sentir un orgullo extremo por su dedicación y entrega. Lo echaremos de menos en las pistas de baile, donde también fue un maestro a quien vitoreábamos por su habilidad y energía.